

social desde el alma

Fabré Machado distingue en la profesionalización una dualidad entre los aspectos académico-científico y práctico-transformador. Por lo general, se ha preponderado este último en detrimento de todo el arsenal teórico, metodológico y conceptual imprescindible para alcanzar mejores resultados en el proceso de intervención o acompañamiento.

Entre los conocimientos que deben nutrir la formación del trabajador social, la académica señala los aportes de las denominadas ciencias sociales, que enriquecen la capacidad inter multi y transdisciplinar; todo lo relacionado con la concepción del ser social y la sociedad como sistema de relaciones, el componente ideológico —porque no es una profesión apolítica o desideologizada— y el sistema de valores que responde a la sociedad donde ese trabajador social se gesta.

«Es casi una síntesis de múltiples elementos incorporados a diferentes disciplinas científicas, relacionados con aspectos estructurales de la sociedad, la cultura organizacional del trabajo, el análisis de las desigualdades, los fenómenos vinculados a la vulnerabilidad, la pobreza, la marginalidad; los procesos asociados a la educación, las construcciones de género... Debe ser una formación integral, que articula elementos de los ámbitos individual, grupal, colectivo, organizacional e institucional, porque el trabajo social tiene que moverse en todos los estratos de una sociedad», especificó.

En cuanto a las competencias, la investigadora considera que deben ser tan múltiples como los conocimientos: capacidad para el trabajo colectivo, habilidades comunicativas; dominio de prácticas dinámicas asociadas al liderazgo, la mediación, la negociación, el manejo de determinados conflictos. «Por supuesto, no todas serán adquiridas como parte de su proceso de formación, sino que se incorporan con la práctica cotidiana, según las características del escenario donde se desarrolla».

FLUCTUACIÓN Y RECONOCIMIENTO SOCIAL

«Ha fluctuado mucho la fuerza en la provincia y hemos perdido muy buenos trabajadores sociales formados por el Programa. La imagen del trabajo social se ha deteriorado, porque cuando las personas se sienten desatendidas, no dicen «Ana», sino «los trabajadores sociales».

«Muchas razones influyen en esa fluctuación: el salario de tres mil y tantos pesos para personas que viven en el terreno, sin un medio de transporte, una capa por si llueve ni un lugar donde almorzar. Además, cuentan con poco reconocimiento social, en numerosos barrios prima la falta de compromiso, y el nivel de subordinación los frena, porque se les exigen resultados para los cuales no tienen facultad o autoridad. Enfrentamos un gran reto, pero hay que asumirlo si queremos lograr esa profesionalización para que las personas se impliquen y ayuden a transformarse a sí mismas, en medio de todas las carencias y los problemas», asevera María Dolores Castro González.

Luego de tres años de experiencia como trabajador social, Oslían Machado Pedraza, que actualmente se desempeña como jefe del Departamento de Asistencia Social en Ranchuelo, menciona, entre las cuestiones que obstaculizan la labor y desmotivan a quienes la asumen, la excesiva burocracia, las limitaciones económicas del país y los bajos salarios, que no se corresponden con las exigencias de un técnico que se desplaza por zonas extensas y de difícil acceso, en la mayoría de los casos.

Para Dashiel Espinosa Hernández, urge romper barreras: «Trabajador social puede ser todo aquel que tenga voluntad, disposición e interés, no importa si es licenciado, máster o doctor en Ciencias. No es menos cierto que debe ser un profesional preparado, pero la capacitación existe, a través del IPEL y sus facilitadores, las direcciones de Trabajo y los CUM.

«El salario hoy debería estar al alcance de los precios y la dinámica del día a día, porque esa persona tiene que dejar solucionado un grupo de problemas en su núcleo familiar para poner su mente y su tiempo a disposición de los otros. Asimismo, resulta necesario que estén identificados debidamente con un uniforme y un carné, como en los inicios del Programa.

«Lo demás se gana con el respeto y la moral, para eliminar las trabas de la burocracia, agilizar trámites, facilitarles a las personas lo que necesitan y ayudarlas a superar la situación de vulnerabilidad» añadió.

Por su parte, Veidy Cabrera González enuncia otras demandas para posibilitar el ejercicio profesional: la conciencia administrativa y el reconocimiento en las

comunidades de la necesidad del trabajo social y la prevención, la participación activa de las entidades con plazas por cubrir en las ferias de empleo; la vinculación de las personas que se encuentran alejadas del estudio y del trabajo, como aporte a la propia economía familiar y contribución a la sociedad en general. Tampoco desconoce los obstáculos de la burocracia y la baja remuneración económica.

«En mi criterio, hace falta que el trabajo social adquiera un estatus institucional y que sus prácticas recurrentes asistenciales sean superadas críticamente por otras dirigidas hacia la transformación social, que partan del diagnóstico de situaciones de riesgo y del reconocimiento de que, en esas situaciones de riesgo o vulnerabilidad, tanto individuos como grupos humanos tienen potencialidades para ser sus propios sujetos de transformación.

«Entonces, es urgente cambiar las condiciones y las maneras en que la sociedad percibe al trabajador social. Dejar de verlo como un «bombero del Estado», como dice la trabajadora social e investigadora argentina Nora Aquín, y convertirlo en un profesional que contribuya con su acción al proyecto de emancipación y de justicia social que está en el ideal de nuestra Revolución», enfatizó la profesora Riera Vázquez.

EL FUTURO DEL TRABAJO SOCIAL

A pesar de tantos reveses y carencias, alienta la esperanza de quienes se sobreponen y perseveran para seguir contribuyendo al bienestar de los otros.

Oslían Machado Pedraza encuentra la mayor satisfacción en la oportunidad de ayudar y transformar la situación de un núcleo familiar con las herramientas que tiene a su alcance.

«Me satisface asesorar, asistir, mediar, para ayudar a las personas con algún tipo de vulnerabilidad; llevar de la mano a aquellos que no cuentan con el apoyo de familiares, acompañarlos y brindarles lo mejor de mí», esboza Dashiel Espinosa Hernández entre las razones que lo motivan.

A Veidy Cabrera González le gusta llegar a las familias, sentir sus problemas como propios, ponerse en el lugar de otros, tender la mano a quienes en ocasiones no necesitan más que saberse escuchados o atendidos, y seguir sanando almas, como pidió el iniciador de un programa que tiene muchísimo que aportar todavía.

Al indagar sobre cuán cerca está Cuba de conseguir y sostener el trabajo social que merece y necesita, las doctoras Celia Marta Riera Vázquez e Idalsis Fabré Machado destacan, como aspectos positivos, la mirada crítica y los cuestionamientos que se han generado en la sociedad, impulsados por el presidente de la República y asumidos, también, por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

En la apertura y progresiva extensión de una carrera universitaria dedicada al Trabajo Social advierten una oportunidad para concretar la profesionalización de quienes deben impulsar la superación de las brechas de inequidad e injusticia social resultantes de las contradicciones que atraviesa la sociedad cubana actual. Además, resaltan la ventaja de contar, entre los claustros del técnico superior y la licenciatura, con profesores que vivieron de cerca la iniciativa de Fidel, nacida hace 25 años.

«Esa potencialidad hay que redescubrirla y convocar a muchos trabajadores sociales formados bajo aquella idea del Comandante en Jefe y que en un momento dejaron de serlo, para que contribuyan a este cambio de cualidad en el trabajo social. Se necesita comprensión por parte de quienes dirigen los procesos, y reconocimiento a esos trabajadores sociales que deben ir caminando hacia la profesionalización», aseveró Riera Vázquez.

«Todavía hay mucho camino por avanzar, pero se están dando pasos hacia un trabajo social cada vez más coherente con su propia esencia y con lo que necesita la sociedad cubana de hoy, que no es el asistencialismo, sino la promoción de un sujeto capaz de lograr su autodesarrollo desde una conciencia crítica; protagonista y no beneficiario del proceso de transformación.

«Es un momento positivo en el cual nos enrumbamos a rescatar y actualizar lo que ya habíamos logrado construir, y encaminarnos hacia el objetivo de conseguir un trabajador social cada vez más competente, más preparado y en mejores condiciones para enfrentar los retos a los que hoy tiene que dar respuesta», concluyó Fabré Machado.

